



Organo del Partido Socialista Obrero Español y portavoz de la U. G. T.

Contra los trabajadores

El ministro y los salarios

EN nuestro número anterior publicamos una información enviada desde Vizcaya, en la que se daba cuenta de cómo, por una enérgica presión de los trabajadores, había quedado derogado para aquella zona una reciente disposición del Gobierno por la cual se autorizaba a la RENFE a cobrar en los billetes de ferrocarril un recorrido mínimo de diez kilómetros. Como se preveía en esa información, la extensión de una amenaza de conflicto social por parte de los trabajadores que, afectados por la disposición, veían así reducida la cuantía de sus salarios, ha generalizado prácticamente la derogación por un acuerdo enunciado de este modo en la referencia oficial del Consejo de Ministros:

«Acuerdo por el que se autoriza al Ministro de Trabajo a establecer un plus para compensar a los trabajadores de determinadas zonas las subidas de tarifas en los transportes utilizados para trasladarse a los centros de trabajo.»

He ahí una manifestación de cómo la clase trabajadora española va adquiriendo conciencia de sus posibilidades y va ejerciéndolas a despecho de la presión policíaca de ese sindicalismo oficial y gubernativo establecido precisamente para contenerlas.

Pero así como la subida en el precio de los transportes afectaba sólo a los obligados a utilizarlos, hay otra causa que afecta a todos los trabajadores, rebajándoles de día en día su lamentable situación económica. Nos referimos al rápido y continuo aumento de los precios, mientras por disposición gubernativa y desde largo tiempo, los salarios de los trabajadores permanecen nominalmente invariables, que es tanto como tenerlos realmente sometidos a una rebaja continua.

Este es el fundamento —ciertamente muy simple— del sistema económico del Caudillo: el hambre progresiva de los trabajadores para suplir con ella la carencia de una organización industrial convenientemente equipada, capaz de satisfacer suficientemente las necesidades interiores y las conveniencias del comercio exterior. Sólo con una mano de obra a muy bajo precio, es decir, sólo con el sacrificio de esa clase trabajadora que desciende diariamente en la escala del nivel de vida, se puede mantener en aumento los escandalosos dividendos de las empresas y de los innumerables Bancos, y a la legión de bigardos que forman el coro del régimen y su frondosísima burocracia parasitaria.

De ningún modo piensa el régimen en renunciar a estas ventajas que son su propio fundamento. Pero, por su parte, la clase trabajadora da señales de no estar dispuesta a seguir soportando su situación, y así tenía que ocurrir, no sólo por anhelos de justicia social sino aunque sólo fuera por instinto biológico de conservación. Por eso el ministro de Trabajo del Caudillo, desde un salón de Valencia, se ha dirigido a los trabajadores españoles para convencerlos o para advertirlos de que no puede haber subida de salarios.

Un recurso, sin embargo, deja el ministro a la esperanza de los trabajadores, y es que produzcan más y así podrán sacar provecho de la superproducción. Es decir, que el régimen de la incompetencia, de la bigardía y de la corrupción, toma para sí toda su parte de la producción actual; pero si los obreros quieren quitarse el hambre,

trabajen sin límites de tiempo, exprimiendo aún más su desnutrida naturaleza para tratar inútilmente de conseguir con medios rudimentarios los índices de producción que los trabajadores de otros países obtienen cómodamente con los modernos elementos industriales de que se les dota.

Injusta y hasta criminal distribución es esa que decimos y que, además, ha afirmado el propio ministro en su discurso con estas cínicas palabras: «No nos satisface la distribución actual; hay injusticias en ella que no podemos negar; pero esas injusticias, cuando existe una gran producción, son menores.»

De lo cual se infiere claramente que cuando la producción no es grande y los caudales de su poquedad, en un régimen de fuerza, arrastran con ella, el saldo de hambre queda para los que verdaderamente trabajan. Tal es la injusticia que el señor Sanz Orrio reconoce en la «distribución actual». ¡Actual todavía cuando se celebra pomposamente el aniversario número veintidós de la «providencial» ocupación del Poder por el general Franco!

«A las empresas —ha proseguido el ministro desde Sagunto— les esperan ataques duros, pero gloriosos.» He aquí el anuncio de cómo las empresas han de resolver «gloriosamente» su resistencia contra la justa petición de mejoras salariales. «Gloriosamente», como corresponde por su origen a la política social de ese régimen o, más bien, de ese monstruoso negocio por acciones que para explotar a España y a los españoles trabajadores se constituyó con el nombre de «glorioso Movimiento».

Crónica internacional

EN Ginebra, semanas pasadas, los franceses han revelado sus procedimientos de separación isotópica del uranio. Ciertos occidentales han expresado su disgusto por ello.

Los Gobiernos, pues, no están de acuerdo. Está claro que los delegados a esta Conferencia Este-Oeste actúan bajo instrucciones y que las directivas, así como las decisiones finales, eran esencialmente políticas. No se puede imaginar al profesor Emelianov divulgando entre sus colegas secretos que los servicios de Moscú desearan guardar.

Los hombres de ciencia no están, sin embargo, reducidos al papel de «robots». Saben de eso más que los ordenadores de consignas. Pueden aconsejar a estos, orientar sus decisiones. Pueden, sobre todo, más allá de las cuestiones secretas, crear, si quieren, un clima de opinión que, pronto

Ciencia y paz

o tarde, influirá sobre los políticos.

La experiencia muestra que, por apagados que estén a los intereses de sus países, los sa-

Por Victor Larock

bios reunidos encuentran rápidamente ese sentido de lo universal que es la exigencia íntima de toda ciencia. A partir de una cierta altura de visión, los particularismos nacionales y las barreras ideológicas toman sus justas proporciones. Mientras que el movimiento espontáneo de los representantes políticos, en la ONU y en otras partes, es el de afirmarse oponiendo, los sabios son infinitamente más libres de juntarse en el nivel superior de una humanidad sin fronteras. Lo «supranacional» es su dominio natural.

Los fanáticos no se han engañado nunca en eso. El odio y los furiosos en un Goering, de un Jdanov, o —a unos peldaños más abajo— de un McCarthy, prueban la seguridad de su instinto.

Ante los problemas fundamentales de nuestro tiempo, no es raro que los hombres de ciencia estén más próximos del sentimiento popular que muchos hombres de Estado. Sin duda porque están menos preocupados de causas litigiosas, del papel que se ha de representar, de intereses que

defender, y porque su formación los dispone mejor para ver las cosas como son.

★ ★

Contraste, primeramente, de esfuerzos saludables para la vida y del monstruoso progreso de las técnicas mortíferas.

Enfermedades que fueron también plagas están en vías de desaparición. Poco más o poco menos, en todas partes del mundo la mortalidad infantil disminuye. Doquiera, los medios de vida se han mejorado. Desde 1900, la población de Europa, pese a la sangría de dos guerras, ha aumentado en cien millones de seres, y del globo en cerca de mil millones. La humanidad ha tardado milenios en alcanzar la cifra actual de dos mil y medio millones de habitantes. Según todas las previsiones, antes de cincuenta años esa cifra quedará doblada.

«Como el médico, el higienista, no se han de alegrar al comprobar que en todo caso sus esfuerzos no han sido vanos? Mas al propio tiempo, ¿cómo no han de estremecerse ante la idea de las fatalidades que hacen prever ciertas demografías explosivas, continuas con la expansión conjunta de los armamentos de destrucción masiva? China, que lleva a toda marcha su organización industrial y militar, contará antes de fin del

(Pasa a la segunda pag.)

Detenciones en San Sebastián

En el curso de la segunda semana de septiembre, la policía franquista ha detenido en San Sebastián a Luis Arbellá, a Celestino Corcuera y a Martín de Loyola, inculcados de haber distribuido propaganda sindical de la Unión General de Trabajadores de España.

En la Comisaría de policía se les ha hecho objeto de un trato brutal, y en sus domicilios se han practicado registros en forma desconsiderada para las familias que los ocupan.

La brigada especial para la represión «política y social», llegada desde Madrid, se ha hecho cargo de los detenidos, conduciéndolos a Madrid, en donde han quedado incomunicados en los calabozos de la Dirección General de Seguridad.

Una vez más llamamos la atención del mundo democrático, socialista y sindical, sobre tales desafueros, para que exprese su protesta allí en donde más expresivamente pueda hacerlo, en bien del respeto a la dignidad humana tan escarnejada por el Caudillo.

defender, y porque su formación los dispone mejor para ver las cosas como son.

★ ★

Contraste, primeramente, de esfuerzos saludables para la vida y del monstruoso progreso de las técnicas mortíferas.

Enfermedades que fueron también plagas están en vías de desaparición. Poco más o poco menos, en todas partes del mundo la mortalidad infantil disminuye. Doquiera, los medios de vida se han mejorado. Desde 1900, la población de Europa, pese a la sangría de dos guerras, ha aumentado en cien millones de seres, y del globo en cerca de mil millones. La humanidad ha tardado milenios en alcanzar la cifra actual de dos mil y medio millones de habitantes. Según todas las previsiones, antes de cincuenta años esa cifra quedará doblada.

«Como el médico, el higienista, no se han de alegrar al comprobar que en todo caso sus esfuerzos no han sido vanos? Mas al propio tiempo, ¿cómo no han de estremecerse ante la idea de las fatalidades que hacen prever ciertas demografías explosivas, continuas con la expansión conjunta de los armamentos de destrucción masiva? China, que lleva a toda marcha su organización industrial y militar, contará antes de fin del

(Pasa a la segunda pag.)

Lo imposible y lo posible

A hablar del estudiante católico don Javier Flores, expatriado para librarse de las cárceles franquistas, y referirme a su último artículo en la revista «Iberica», de Nueva York, donde exponía la mala acogida dispensada por otros católicos españoles al movimiento democratacristiano a que él pertenece, dije que en tal artículo se abordaban otros temas dignos de atención. Voy a prestarlos.

Se trata de un trabajo concerniente al problema político español y se titula «La Unión en torno a un programa común, única solución posible». Esta tesis no es nueva y yo mismo la sustenté hace años mientras el espectro de la legitimidad republicana amenazaba a cuantos patrocinaron soluciones que no consistiesen simplemente en el restablecimiento de las instituciones demolidas en 1939.

Dicha amenaza fantasmal y el desbordamiento demagógico de varias organizaciones reconstituidas en el exilio me persuadieron de que, a lo sumo, podría obtenerse un acuerdo sobre la manera de reemplazar provisionalmente a Franco, y entonces discurre el proyecto de formar un Gobierno interino que, restaurando libertades elementales, convocase a elecciones de carácter plebiscitario para determinar el régimen que España prefiriera, comprometiéndose todos a acatarlo.

Pues bien, no obstante estar presidido por la lógica ese proyecto y haberlo recomendado la ONU, nosotras mismas diez años, contados desde que el Partido Socialista lo hizo suyo, para que lo admitieran los demás elementos emigrados, a excepción de bastantes sindicalistas afiliados a la Confederación Nacional del Trabajo, que lo rechazaron, y de los comunistas, a quienes no se les invitó a firmarlo.

Tan tardía adhesión, suscrita por algunos a regañadientes, pero que conviene mantener valga por lo que valiere, quedaría desmoronada apenas se intentara adicionarle un programa común, útil no únicamente para el período provisional, sino para período mucho más largo, como desea el señor Flores, rebasando al respecto las aspiraciones de otros exiliados, igualmente ilusos. El desmoronamiento sobrevendría por la imposibilidad de concertar ningún programa permanente.

El «concordato interior»

CUANDO el bien intencionado estudiante perfila metas perseguidas por los demócratas cristianos, las corona así:

«Quiéren, sobre todo, la paz con la Iglesia. Esta es la piedra angular de su combate. El pueblo español, desde tiempos inmemoriales, ha venido sosteniendo un pleito con la Iglesia católica que es preciso resolver definitivamente. Si no, en España nunca habrá paz ni en la calle ni en el Parlamento, y una y otra vez volverá a regarse de sangre nuestro suelo.»

Me place el reconocimiento de la antigüedad del pleito, porque en ello va implícita la declaración de que no fue la República quien empezó a pleitear. El pleito proviene de la sempiterna intolerancia eclesiástica y de haberse convertido el clero en celoso guardián del capitalismo, circunstancias proclamadas años atrás en un libro autobiográfico del penúltimo marqués de Comillas, cuyo testimonio resulta irrecusable por ofrecerlo un archieptólogo y archimielólogo.

El año 1931, don Niceto Alcalá Zamora, bajo pretexto de que el Gobierno redactase un proyecto de Constitución, planteó el problema religioso en Consejo de Ministros. Yo me opuse a que el Gobierno actuara de ponente por estar seguro de que los ministros se dividirían lesionando de gravedad al régimen recién nacido, y, aludiendo al fondo del problema, me declaré partidario de herrar o quitar el banco, pues en cuestión tan delicada no podía arañarse impunemente. Consegui aplazar la división que, al fin, surgió meses más tarde cuando dimisionaron los señores Alcalá Zamora y Maura por desconfor-

midad con el artículo constitucional número 26. Pero entonces ya había Cortes soberanas y pudo resolverse la crisis ministerial que antes hubiese sido insoluble.

Ese mismo problema, que don Xavier Flores pretende abordar y resolver a priori en el exilio, bastaría para des-

Por Indalecio PRIETO

coser el pacto hilvanado en París en febrero de 1957. Y hay más problemas que también promoverían la desavenencia.

«Esa paz con la Iglesia, que bien podemos llamar «concordato interior» —sigue diciendo el señor Flores— es difícil que puedan lograrla exclusivamente los viejos partidos de la República. El pasado aún conserva un recuerdo imborrable en muchos espíritus. Difícilmente también puede obtenerse por sí solo un partido democratacristiano confesional por ser parte interesada, dirigida por la autoridad eclesiástica, o cuando menos influida por ella, y por tanto no neutral. Esta paz, que debe ser la obra de todos los demócratas, necesita un catalizador, es decir, un elemento que por su imparcialidad favorezca la unión del máximo de fuerzas en torno a una solución común, sin inspirar la desconfianza de ninguna de ellas, y lleve a la Iglesia a negociar en un clima de comprensión mutua con los demócratas. Inspirar la confianza de la Iglesia —y no sólo de un sector eclesiástico limitado— y contribuir a formar este elemento catalizador es lo que pretenden los cristianos demócratas.»

Todo esto respira encantadora ingenuidad. Equivale a lo de «tu que no puedes, llévame a cuestas». Porque si los viejos partidos de la República —únicos sobrevivientes— no son aptos para lograr la paz con la Iglesia, maldito si valen para que cabalge briosamente sobre ellos la noción de democracia cristiana, que ni siquiera consigue apoyo de la Confederación Española de Derechas Autónomas, o de sus retoños, según el autor confiesa declarando que la tentativa de quienes compartan su pensamiento no se ajusta a lo que aquellos creen ser la necesidad del momento. Y en el heterogéneo conglomerado que era la CEDA figuraban los católicos más próximos al democristianismo que son, en ese campo, los genuinamente antifranquistas, pues el resto, «asi en masa, se sometió a Franco, al que sigue sirviendo».

En cuanto al «modus faciendi», el señor Flores lo propone

así: «No es necesario que para ello formen (los democratacristianos) un gran partido, sino que cuenten con el apoyo de los partidos democráticos y que puedan actuar cerca de la Iglesia como intermediarios o intérpretes de una posición conjunta de estos partidos. A estos efectos, sería oportuno formar una delegación común de todos los sectores democráticos para discutir conjuntamente la actitud que habría de adoptar el exilio en una primera etapa —y luego unido a fuerzas del interior— frente al problema de la Iglesia. A partir de esa delegación, podría formarse un consejo integrado por personalidades del interior y del exterior y encargado de iniciar una gestión directa con las jerarquías de la Iglesia española y con el propio Vaticano.»

«Sigue imperando la ingenuidad. Ya queda expuesto cuán imposible resulta, a mi juicio, que los signatarios del pacto de París se pongan de acuerdo sobre semejante problema, en el que a los nacionalistas vascos les separan de los republicanos radicales y de los socialistas diferencias insalvables. Pero supongamos, y es mucho suponer, que desaparezca el foso entre el catolicismo a usanza ibérica y el laicismo de estilo europeo. ¿Quién creería que los jerarcas eclesiásticos de España ni los más altos de Roma iban a negociar con personalidades políticas exiliadas, solas o acompañadas de otras del interior? ¿Qué cartas credenciales...»

(Pasa a la segunda pag.)

Cruz y raya

LOS SANTOS DE LA VICTORIA

La «Hoja del Lunes», de Barcelona (29-9-1958), dice en una bien destacada información a dos columnas: «Vencidos del demonio, San Miguel es invocada cada día para que nos defendamos de sus maquinaciones y maquinaciones, y su protección es definitiva y cierta. Recordemos aquellas pequeñas estampas suyas que clandestinamente se propagaban durante los años de cautiverio marxista. Estamos convencidos de su protección y, gracias a ella, la victoria fue nuestra.»

Es la primera vez que vemos atribuir «la victoria» a San Miguel. Se nos habla dicho, por el contrario, que fue el Apóstol Santiago quien, tomando a su cargo la contienda, se dejó ver en Brunete, como antes en Clavijo, en carne, en hueso, en espada y en caballo blanco.

La verdad es que, para evitar esa confusión, y para saber cada uno a qué atenernos, debiera ser la alta jerarquía eclesiástica quien nos dijera de una vez a qué santo le debemos el régimen del Caudillo.

Pasado el Congreso

A través del tiempo

— II —

NUESTRO Partido ha sido siempre la obra de un número relativamente reducido de hombres. Lo fue a su nacimiento y lo fue durante su desarrollo difícil; desarrollo contra viento y marea. En su mejor época, nuestro Partido no era de un volumen extraordinario, y su potencia política no era la expresión proporcional de su fuerza numérica, sino del valor de su programa, y del prestigio moral y de las características de sus hombres. Desde su creación hasta el desencadenamiento de la guerra civil, prácticamente el papel del Partido no ha sido otro que el de la defensa de los intereses de la clase trabajadora en estrecha unión con la UGT. El período republicano en que nuestro Partido tuvo participación gubernamental no era propicio a soluciones socialistas, y en ese período nos limitamos a la defensa de la República, cuyas realizaciones sociales, en las que nuestra obra dejó huella a pesar de su moderación, fueron ferocemente combatidas. Nuestras obligadas reacciones fueron siempre defensivas.

La Unión General de Trabajadores, por su parte, no ha cumplido en España otra misión que la de agrupar y defender a los trabajadores. Misión de defensa también. Ambos, Partido y Unión, vivieron en España una época en la

que en el mundo los problemas políticos dominaban a los económicos-sociales. De entonces acá la evolución mundial, sobre todo después de la guerra 1939-1945, se ha acelerado en términos tales, que las organizaciones sindicales han adquirido una personalidad diferente también de la que tenían en 1936.

Aceptando, pues, la modificación fundamental de las funciones sindicales, que no se limitan ya a defender los intereses de la clase trabajadora, sino que además son y serán cada vez más, voz importante en la dirección de la economía de los países; si reconocemos que el Partido tampoco debe ya limitar su acción a la difusión y defensa del ideario socialista, sino que tiene que prever funciones más importantes en la vida del país y que en nuestro caso, esas funciones pudieran ser atribuidas en momentos de extraordinarias dificultades de todo orden, y que quizá no sea posible —aunque yo desearía lo contrario— escapar a esa responsabilidad inmediata, pienso que será necesario modificar profundamente nuestras estructuras y nuestros métodos de trabajo.

No pretendo que iniciemos

esas modificaciones inmediatamente, no. Pretendo que comencemos a pensar en ellas y a traducir nuestros pensamientos o a llevar nuestros pensamientos al papel primero y a la discusión después. De tal manera que, llegado el momento de nuestra incorporación a la vida nacional, podamos llevar, debajo del brazo, unos proyectos que ofrecer a nuestros compañeros que, por su situación, difícilmente pueden ellos construir. Levándolo hecho, facilitaríamos la discusión; pero, además, nuestra experiencia de la evolución del mundo, por haber vivido en el exterior, debe tener eco en ese trabajo. Pretendo también que tenemos hoy en nuestras filas número suficiente de compañeros perfectamente capacitados para realizar ese proyecto de modificación de estructura del Partido —y de la Unión también— y que sería posible incluso realizarlo y someterlo a nuestros compañeros del interior, avanzando así una discusión que no sería definitiva, pero que nos haría avanzar mucho camino. La Comisión Ejecutiva puede —y lo hará —, preparar las bases de ese trabajo; pero las ideas son siempre bienvenidas y, en este caso, obligadas.

Nuestras organizaciones tienen en España dos misiones fundamentales que cumplir: una, la de reorganizarse con la mayor rapidez, construyendo las Agrupaciones o Sindicatos. Para esa labor es necesario un estudio de las condiciones en que debe hacerse, cuando menos a título provisional, hasta la celebración de los primeros congresos. La otra, es la de prepararse técnicamente para hacer frente a las responsabilidades que puedan caer sobre sus espaldas. Responsabilidades de oposición o de gobierno, ambas igualmente serias, porque la

(Pasa a la segunda pag.)

Conflicto social en Madrid

Según rumores, se ha registrado un paro en el trabajo el jueves por la mañana en Barajas, aeropuerto de Madrid, entre los trabajadores de la Campsa (Compañía española del monopolio de petróleos).

Dícese que los obreros de los depósitos, principalmente, se han negado a descargar los camiones-cisternas llegados aportando gasolina. Añade esta versión que se ha montado un servicio de orden para evitar incidentes. Se atribuye esta actitud de los obreros a una reivindicación de aumento de salarios.

(De «Le Peuple», Bruselas, 3 de septiembre de 1958.)

Las opiniones emitidas en los artículos firmados son de la exclusiva responsabilidad de los firmantes

Pericles GARCIA

La estructuración sindical

Y O también, al igual que el compañero Carrillo, voy a cometer un plagio al apropiarme, para título de estas líneas, del que el compañero Prieto utilizó en el artículo que ha motivado la respuesta de aquí en lo que respecta a la sindicación obligatoria.

Como Carrillo, había pensado, y espero, que todo lo que el tema tiene de sugestivo y de interesante forzaría la apatía, ya casi tradicional en estos largos años de exilio, de muchos compañeros nuestros para que algunos de ellos, con indiscutible autoridad en la materia, basada no sólo en sus conocimientos sino también en su larga experiencia sindical, nos ilustraran con sus opiniones. Pero temo, fundadamente, dado el tiempo transcurrido desde la publicación de aquel artículo de Prieto — mayo de 1958 —, que vamos a ser más de uno los equivocados en esa creencia y los frustrados en esa espera.

Para mí, la cuestión es de una gran entidad por lo que se refiere, muy especialmente, al futuro de los Sindicatos, el papel que éstos han de jugar en la sociedad moderna y, sin ir tan lejos al que están, ya desempeñando en muchas naciones conscientes de la enorme importancia, y de la gran utilidad, de la intervención de esas organizaciones profesionales en la vida pública como representantes no solamente de una gran masa de la población en general, sino, en las naciones en donde los Sindicatos son poderosos por su número de afiliados, de una masa que además reúne las características de agrupar, a la vez, a una considerable parte de la capacidad productora y consumidora de la nación. Y ello debido tanto a la influencia que esa masa puede ejercer en el aspecto social como a la que, voluntaria o involuntariamente, ejerce de hecho en el campo económico, industrial y aun político, osaría yo decir, de la vida de una nación.

En distintas ocasiones anteriores me he atrevido ya a exponer cuál es, o cual debería ser, en mi modesta opinión, el futuro de esos Sindicatos; en qué consiste la intervención, en todos los órdenes, que ineudablemente están llamados a realizar. Y también he sostenido, insistientemente, que el concepto tradicional de un Sindicato se ha convertido ya en algo arcaico, pasado de moda, ineficaz e inconveniente, hasta para el propio Sindicato si a ese mismo concepto tradicional quiere solamente aferrarse. Una organización sindical no limita ya su influencia estrictamente al aspecto social, por decirlo así, al campo de lo que hasta ahora se venía considerando como reservado a materia del Trabajo, al dominio de la aplicación de la legislación social. Una organización sindical no es ya solamente una agrupación que recauda unas cotizaciones, que declara huelgas, que constituye cajas de resistencia y que firma pactos colectivos con nombre de sus asociados, entre otras de sus funciones clásicas; hoy es, además de lo enunciado, bastante más que eso. Hoy una organización sindical, con pretensiones de serlo verdadera y eficazmente, tiene que hacer frente al cumplimiento de unas funciones complejas y difíciles, además de las tradicionalmente sindicales, que nada tienen de común con las del concepto clásico.

Para ejercitar con eficacia esas funciones, se requiere una preparación especializada por parte de quienes, en nombre del Sindicato, deban ejercerlas. Pero para que ellas puedan tener una influencia en el curso de ciertos acontecimientos de la vida económica e industrial, es conveniente, si no necesario, que sean la expresión de una fuerte representación numérica; de la más fuerte representación numérica posible de afiliados de un Sindicato.

Para ello, sobre todo, aparte de la cuestión del principio a establecer, juzgo de gran interés el tema debatido y me decido, a falta de otros, a dar mi parecer.

¿Cómo llegar a esas organizaciones sindicales con gran número de afiliados? La respuesta inmediata es la más fácil y la más deseada de todos: por el convencimiento. Por llevar a la conciencia de los interesados la rotunda convicción de que el remedio a sus males estriba en agruparse en sus intereses de clase. ¿Qué duda puede haber de que una organización cualquiera, del tipo y características que sean, es mucho más eficaz y más potente si todos sus miembros están imbuidos de la necesidad y de la utilidad de esa organización? ¡Ah!, pero los proletarios no se sustraen, ni se han sustraído nunca, hablando en términos generales, a la fatalidad de esa paradoja humana que hace que los primeramente interesados en una cuestión sean los últimos que se preocupan de ella, si es que alguna vez quieren hacerlo. Los trabajadores no se hallan inmunizados contra esa enfermedad epidémica que, en mayor o menor proporción, ha hecho estragos en todos los tiempos y en todas las naciones.

Este ejemplo no es uniforme porque, frente a él, puede exhibirse el de las organizaciones de esas otras naciones antes aludidas; pero también podrá afirmarse que, precisamente por ello, el de estas últimas no está generalizado, por desgracia.

No es esta la primera vez que la idea de la sindicación obligatoria ha hecho correr la tinta y que ha originado polémicas a veces enconadas, entre partidarios y adversarios de la misma sin que, hasta el presente, esa sindicación obligatoria haya tomado carta de naturaleza más que en las naciones sometidas a regimenes totalitarios, circunstancia ésta que, fuerza es reconocerlo, la rodea de cierto sentimiento de antipatía muy admisible.

Entre otros, dos argumentos principalmente pueden esgrimirse, el uno en pro y el otro en contra de la sindicación obligatoria.

En contra de ella puede decirse que, efectivamente, una organización en la que buena parte de sus miembros lo sean por el mero cumplimiento de un precepto legal, y nada más, no será seguramente muy eficiente y presentará muchas fallas en su funcionamiento. Para ello se aduce, como ejemplos de sindicación obligatoria repudiable, el del antiguo «Frente del Trabajo» alemán, el de los Sindicatos rusos y el de los Sindicatos verticales españoles; en los tres casos, los trabajadores, convencidos o no del sindicalismo, se han visto constreñidos por el Estado a formar parte de la organización sindical y de los tres puede decirse, con justa razón, que no son sino caricaturas de Sindicato. Ellos constituyen precisamente, con algún otro ejemplo actual o pretérito, como el de los Sindicatos de las naciones satélites del otro lado del Telón de Acelar y el de los fenecidos Sindicatos corporativos fascistas italianos — los únicos casos de sindicación obligatoria conocidos hasta ahora.

Pero todos esos no son verdaderos Sindicatos, por lo menos en la plena y exacta acepción del concepto. Y no lo son, no porque en ellos se dé la sindicación obligatoria sino porque en ellos concurren, como inherentes a los mismos, otras características muy especiales que, a pesar de ser bien relevantes, se omiten muy frecuentemente en la discusión. Esas características son las de ser Sindicatos estatales, creados por el Estado por el interés único, con exclusión violenta de cualesquiera otros que pretendieran formarse, y de la contar con dirección directa o indirectamente designada por el Estado. Estas no son las características propias de un Sindicato, por lo menos de un Sindicato de los que hemos dado en denominar «libres», sin otros sometimientos que los que se derivan de la libre voluntad de sus adherentes, para diferenciarlos de aquellos otros que, aunque lleven el título de Sindicato, no son por el contrario ajenos a la disposición del albedrío de intereses ajenos a los suyos.

Son tales características y no la de la sindicación obligatoria las que hacen que sea de considerarse como caricaturas de Sindicato; la sindicación obligatoria no supone nunca, ni podrá suponerlo, un Sindicato estatal puesto que aquélla no se opone al funcionamiento de los Sindicatos libres ya existentes o al de los que libremente pudieran constituirse; no es sinónimo de Sindicato único, ya que la obligatoriedad estriba en afiliarse a uno cualquiera, al de la elección del obligado si hay varias organizaciones sindicales y, si no existe más que una, forzosa y tendrá que ser, que a ella, sino que se les quiere decir que no hay más que un solo Sindicato como consecuencia de la sindicación obligatoria, sino que no lo hay porque antes de ella sólo funcionaba aquél. Tampoco puede inferirse de la sindicación obligatoria — no hay nexos alguno en que basarse para el contrario — una dirección sindical que no sea la expresión de la libérrima elección de los sindicados. No; la sindicación obligatoria no supone más que la imposición de un deber de asociación y una libertad de elección en donde ésta es posible, como en el caso, frecuentísimo hasta el punto de constituir la regla general, de las naciones en donde existe más de una organización sindical. Tan evidente es esto que pretender deducir lo contrario, valiéndose de los ejemplos acabados de citar, no constituye una equivocación sino un ingenuo ardor de los adversarios de la sindicación obligatoria.

Carbón rojo

(Viene de la cuarta pág.)

la negligencia culpable de los inútiles sindicatos «verticales», el temor o la sumisión de los técnicos, contribuyen a esas desgracias que, por ser perfectamente evitables, escandalizan y rebelan a los hombres de sano juicio.

Pero las jerarquías, políticas o sindicales, formaron otros derroteros. Para los mineros — como para cualquier otro trabajador — la protesta significa el despido, la deportación o la residencia vigilada en una ciudad o en un pueblo donde le será negado el trabajo. Apriacionado entre la amenaza del hambre y la amenaza de las armas, el minero español se exaspera. Franco y sus sindicatos «verticales» pueden mostrar las estadísticas de una producción de carbón que cada semana huele más a sangre de minero.

S. MARTÍNEZ DÍAZ

Lo imposible y lo posible

(Viene de la primera pág.)

les exhibirían tan extraños penitencionarios sin potencia?

El exilio carece de suficiente fuerza representativa para tales tratos, y aún sería menor la de los negociadores del interior porque en realidad no representan a nadie, ya que nada tienen organizado. En el interior no hay más organizaciones funcionando clandestinamente que las de los socialistas, nacionalistas vascos, comunistas, ugetistas y cenetistas. Todos los rótulos que allí han aparecido para denominar entidades nuevas, no pasan de rótulos tras los cuales asoman algunas personas decididas rodeadas del solito vacío. Pensemos como ellas piensan, hay sin duda muchas; pero remítas a actuar.

Mas aunque esos negociadores dispusieran de una fuerza representativa derivada de colectividades políticas y sindicales que siguen en pie y de otras convertidas en pie y sombras, ¿con qué títulos podrían representar a la masa ajena a ellas? ¿Saben siquiera cómo piensan ahora amplios sectores de las mismas? Lo ignoran porque desde hace veinte años no han podido consultar y porque la clandestinidad sigue impidiendo la consulta en debida forma. La opinión pública española sólo puede conocerse auténticamente por medio de elecciones libres que, además, al expresar la voluntad nacional, nos impondrían a todos la ley.

La Iglesia ha explotado provechosamente — acaso mejor que nadie — el triunfo del alzamiento militar. ¿Cabe imaginar que en una negociación como la esbozada vaya a ceder en cualquiera de los innumerables privilegios de todo orden que obtuvo con el Concordato de 1953 y que no tienen par en el orbe católico? Si acaso cedería, y nunca de buen grado, bajo el mandato de la nación, conferido a un Poder legítimo. En suma, el «concordato interior» soñado por don Xavier Flores no serviría, si la primera se trocara en realidad, para modificar el «concordato exterior».

Un sainete y un drama

Siendocencia mucha la trascendencia que acabamos de examinar, es más trascendente y más crítica el problema social que los estadísticos oficiales marcan: la ruina económica del país, acelerada por infinitos desastrosos, entre ellos el de una industrialización sin orden ni concierto, desproporcionada con los recursos financieros. El efecto de tan nefasta crisis lo sufre terriblemente la clase obrera. Desde hace ocho lustros — se decretó en marzo de 1919 — regía en el trabajo la jornada máxima de ocho horas. Tan precarísima conquista se ha anulado. Como el salario correspondiente a las ocho horas no basta ni con mucho, para cubrir necesidades elementales, el obrero ha de trabajar horas extraordinarias y la jornada sube a diez, doce o catorce horas. Tanafoso retroceso no puede paliarse con el florilegio de

las leyes sociales franquistas. La situación sería de mayor gravedad si Francia no hubiese embebido parte de la mano de obra española sobrante, para cubrir el déficit productivo en la suya por el medio millón de soldados combatientes en Argelia.

España ha sentido en el mundo el singular precedente de encarcelar a empresarios por haber aumentado el jornal a sus operarios sin permiso del Gobierno.

«No habrá hogar sin pan», aseguró Franco, repitiendo un «slogan» de Falange. Es promesa que ha cumplido, y la ha cumplido en forma originalísima: suprimiendo los hogares. A fines de agosto estuvo el Caudillo en Bilbao y desde el lugar donde presidía una ceremonia pudo contemplar la diadema de miseria que en los montes circundantes forman inintermittentes hileras de chabolas donde se albergan trabajadores sin cesar. Ni chabolas ni cuevas son verdaderos hogares. Con los cientos de millones empleados en construir la colosal basilica subterránea del Valle de los Caídos, cerca de El Escorial, pudo haberse evitado esta terrible crisis de la vivienda que señala tristemente la falta de un millón de hogares.

Pero se habría suprimido el atractivo turístico que anuncian las agencias del ramo fijando precios muy razonables para ir en autocar hasta el descomunal templo habilitado en las entrañas de un monte de granito, y comer en buenos restaurantes cercanos. De ser breves, los excursionistas comenzarían con sarcasmo que el autor de tan faraónico monumento continúe gobernando a la nación en vez de hallarse encerrado en un manicomio.

Mas de todo esto hay un responsable colectivo: el ejército o más propiamente dicho el generalato. Generales fueron los que nombraron jefe del Estado a Francisco Franco. Poco después de concluida la guerra civil, los jefes de las regiones militares — entre ellos algunos de los nominados — le pidieron que cesara en tal jefatura, pero no le hizo caso. Recientemente, por sí y ante sí, la ha declarado vitalicia sin duda para autoperpetuarse por estar, hundiéndose a la nación, por haberla sometido al yugo extranjero por una potencia extranjera y por el desastre con que culminó su política en Marruecos. Los generales han guardado silencio ante esta prolongación de funciones...

Los escritores sevillanos hermanos Cuevas que pretendieron imitar el costumbrismo andaluz de sus paisanos los Alvarez Quintero y que terminaron desfilando en el periodismo madrileño, uno como crítico y otro como reportero, se iniciaron en el teatro con un sainete titulado «Aquí hace falta un hombre», título que se parece bastante a cierta exposición del gran dramaturgo español por Madrid, pronunciándola preferentemente labios militares: «Aquí hace falta un Aramburu».

Hay generales españoles a quienes atraerá la ola de corrupción desatada por el

Partido y creado los órganos adecuados de trabajo.

Entretanto, repito, es indispensable comenzar a trabajar, y trabajar con espíritu abierto, admitiendo cuantas colaboraciones sean de nos favorezcan, sean o no de afiliados al Partido, preocupándonos más de buscar la verdad, que del origen del análisis. Hay en la esfera española muchísima gente que colaborará con gusto a nuestro trabajo si supiera que el Partido lo desea, lo acepta, lo considera e incluso lo agradece. Toda colaboración es necesaria; a nosotros, después de analizar qué es lo que a España y a la clase trabajadora conviene aplicar de esas ideas. No se trata de perder nuestra condición de socialistas, de olvidar nuestros principios. Se trata de encontrar lo que es posible hacer para comenzar y, si es posible, lo que se debe hacer en etapas sucesivas.

Nuestro Partido no podrá, como antaño lo hacía, actuar políticamente a base de oposición o de improvisación. A la evolución técnica del mundo ha de responder la evolución técnica del trabajo del Partido. Como sucede en todos los demás partidos socialistas europeos. Los hombres del Partido son necesarios como valor humano y como representación de la Organización. Pero sus actividades y sus reacciones han de ir condicionadas por el estudio previo, profundo, de los problemas. Eso quiere un aparato especial, que deberá montarse en España, cierto. Pero aquí, en el exilio, podemos comenzar a estudiar el funcionamiento de ese aparato, las condiciones que ha de reunir, los problemas que le competirán y tantas otras cosas. Y eso no es función solamente de los organismos directores del Partido; es función de todos los militantes, a la altura de sus posibilidades actuales. Escuelas

Letras de luto

Llegó a nosotros la noticia de que el día 27 de julio de este año en Elche el querido compañero Vicente Masía Antón.

Fue siempre grande el amor que experimentó por el Partido y la Unión, la tenacidad con que defendía a ambas organizaciones. No tuvo en sus años de militancia un desmayo que entrara sus ardientes fe en las ideas. Su abnegación en la lucha que mantuvo en el frente de guerra hizo que no se entera de que la batalla estaba perdida, llegando ya a dueños de él. Le valió ello sufrir varios años de cárcel y tener que soportar el latigo de los estrados de Francia.

Expresamos a su esposa e hijos residentes en Elche, nuestro más sincero cordial de los pesames. — **ARUIE**.

En Inca (Mallorca) falleció el 6 de septiembre, a los 66 años de edad, nuestro camarada José Hernández Peña, veterano militante del Sindicato de Empleados y Obreros Municipales de Cartagena.

El finado era padre de nuestro querido compañero Cristóbal Hernández, secretario departamental de la UGT y del PSOB de Rhône-Los.

Numerosos son los testimonios de pésame que con tan triste motivo está recibiendo nuestro amigo Cristóbal, habiéndome correspondido ver, entre otros, una muy sentida nota necrológica publicada por el semanario «Foras Ouvriéres de París», suscrita por los camaradas franceses Jean Mehr y Louis Legitimamente le embarga no podía faltarle nuestra más sincera y fraternal de las condolencias, y así se la expresamos desde estas columnas, de todo corazón.

Los aviones norteamericanos están en constante alerta

NUEVA YORK, (Ope). — El «New York Times» ha publicado una crónica de su correspondiente en Madrid, Mr. Benjamin Welles, escrita en la base norteamericana de Torreón de Ardoz. En ella expone las medidas adoptadas por el mando de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos en España para estar prestos a cualquier eventualidad resultante de la actual tensión internacional.

«Estos aviones — comienza diciendo — están al mando del mayor general Henry K. Mooney, y forman la XVI Fuerza Aérea norteamericana. Desde su despacho, tiene a su disposición los bombarderos a reacción B-47, en estado de alerta permanente para poder emprender el vuelo en un plazo máximo de quince minutos, ya que ésta es, por lo menos, la fracción de tiempo que los proyectiles enemigos, autodirigidos o llevados por bombarderos, tardarían en dar cuenta de los aviones en el suelo.

«Los grupos de bombarderos de la reserva estratégica han sido objeto de completa reorganización. Hasta hace pocos meses, se componían de grupos completos que podían contar hasta 45 bombarderos B-47, los cuales eran enviados por períodos que podían llegar hasta tres meses, con todo su personal, tanto el operador como el que actúa en tierra. Esto equivalía a mantener los aparatos en territorio extranjero durante plazos demasiado largos en cuanto a razones de seguridad y su propia también que el personal en cuestión estuviera separado de sus familias durante demasiado tiempo, lo que motivaba un creciente número de divorcios.

«Recientemente, los grupos de bombarderos han sido divididos y unos quince vuelan ahora fuera de Norteamérica por espacio de tres semanas, regresando después. Nuevas tripulaciones les sustituyen y de este modo el personal actúa en el extranjero constantemente.

«El plazo de alerta para el combate es conocido con el nombre de «Reflex». Ha sido adoptado en las treinta y dos bases que poseen los Estados Unidos en su territorio y está extendiéndose a las otras veintiseis que con cuenta en el extranjero, como las de España y Marruecos. El número de aparatos bajo el mando del general Mooney no es conocido y cambia constantemente. Por lo general dispone de mayor número de tripulaciones que de aparatos, lo que permite a aquéllas descansar cierto tiempo después de las tres semanas de alerta permanente. Pero, durante períodos de cuatro a siete días, el piloto, el co-piloto y el navegante han de estar viéndose constantemente.

«Si el primero necesita ir a la peluquería, los otros dos han de ir con él — me ha dicho uno de los oficiales. «Lo propio si se trata de la piscina o de cualquier otra parte. Pueden asistir a bailes o aceptar otras invitaciones, pero siempre deben hacerlo vistiendo su uniforme de vuelo, y en todo momento de estar dispuestos a despejar la pista, la inscripción «Reflex».

«La alerta así denominada se divide en tres partes. Cuando se da la señal «Alpha», las tripulaciones dejan todo cuanto tienen entre manos y corren hacia los aparatos respectivos. Suben a éstos y conectan sus radios. A la señal «Bravo» ponen en marcha los motores. Y finalmente, a la señal «Coco» comienzan los aparatos a rodar por la pista. En este momento recibirán la orden de ir a dar el despegar o no y dirigirse hacia los objetivos designados con bastante antelación. Incluso una vez en el aire habrán de recibir un orden antes de ir definitivamente al ataque. Esta es la famosa disposición destinada a evitar cualquier error y sin la cual, los aparatos regresarían inmediatamente a su base.

«El centro de todo el sistema de alerta «Reflex» está situado en la base de Offutt, que es la central estratégica de Omaha (Nebraska) punto central geográfico de los EE.UU. Allí se está en comunicación con todas las bases aéreas estratégicas norteamericanas de la Metrópoli y de fuera de ella. Y en este puesto de mando sólo pueden dar órdenes de guerra el presidente Eisenhower y los altos jefes, para desde allí transmitirles a todo el mundo.»

Ciencia y paz

(Viene de la primera pág.)

siglo con mil millones de seres vivos...

Contraste de las riquezas reservadas y de la miseria estacionaria

Las naciones que, en este momento, pueden adaptar sus medios de producción a los elementos científicos más recientes están en el umbral de una era de abundancia que nadie imaginaba hace treinta años.

Toda la infraestructura esencial de la vida: la alimentación, el alojamiento, los transportes, las múltiples utilidades de la energía, se transforman prodigiosamente bajo la impulsión de los descubrimientos en la química, en la biología, en la electrónica, en las primeras aplicaciones nucleares. Las fabricaciones en serie suministran con profusión los objetos, los instrumentos y los aparatos que hace poco eran considerados como los signos de una riqueza inaccesible a las masas. Desde ahora, el potencial mundial de producción, en todos los dominios, permitiría elevar los niveles de existencia, en los cinco continentes, notablemente por encima del mínimo vital.

No obstante, un amplio tercio de la humanidad no satisface su hambre y carece de lo que necesitaría para mirar el porvenir con un poco de confianza. ¿Ha sido siempre así? Sin duda; mas hoy estas hordas de millones de hombres comienzan a tener conciencia de su miseria. Creen que es injusta y saben que no es irreparable. Una formidable oleada de rebeldía sacude a los pueblos que habían estado reducidos a servidumbre y resignación. De ahí un peligro permanente de conflictos de los que nadie puede prever dónde se detendrán.

Contraste de las tendencias universales de la ciencia y de los antagonismos nacionales, raciales, ideológicos.

Jamás la ciencia y las técnicas habían tanto contribuido a crear entre todos los países los medios de comunicación, de conocimiento y de comprensión mutua que desconfianza y del miedo, de vivir y de trabajar en paz. Jamás ha sido tan evidente que todos los pueblos son solidarios, económicamente en el esfuerzo de vivir mejor, socialmente en la acción a los derechos humanos, intelectualmente en la investigación de verdades científicas aplicables a las necesidades de la vida. Toda ciencia habla el mismo lenguaje, reconoce las mismas reglas e implican la misma libertad de juicio, más allá de las fronteras nacionales y de las cortinas de hierro. En ninguna de las disciplinas inductivas o deductivas que constituyen la ciencia existe una verdad rusa o una verdad americana, métodos o leyes asiáticos o euro-

SE DESEA CONOCER
EL PARADERO... Calvo, Marcial de Barcelona, barrio de la Barceloneta, vecino de Vich. Es posible que pasase la frontera en 1939, cuando la evacuación de Cataluña. Pregunta por el su hijo. Noticias a Emiliano Hernández, 108, rue du Château, París-24.

Imprenta Especial de
EL SOCIALISTA
 Gérant: R. DONAS
 22, rue Saint-Jacques, París-14.

Desde Madrid

Carta con pregunta al dictador portugués

Excellencia:
Acabo de leer las declaraciones que ha hecho en un periódico extranjero. Usted es, sin duda, un hombre muy inteligente, muy culto y, por añadidura, sobradamente habituado a las cosas de la alta política para que esté que suscribe, humildemente, un artículo que corrijere la plana. No, eso no, que a tanto no llega mi osadía. Simplemente quisiera pedirle una aclaración, porque resulta que uno es de natural curioso y las susodichas declaraciones, pese a su amplitud, se le antojan, en algún punto concreto, incompletas, incabadas; qué sé yo; como desprovisadas de ese otro polo que toda pila exige para que marche como Dios manda.
Pero, antes de pasar adelante, quisiera darle las gracias. Las gracias porque —se me olvidaba decirlo— soy español. Y pese a ello, decido desde hace tiempo, a contrapelo de las ordenanzas, a pensar con mi propia cabeza y a sentir, amar y odiar con mi propio corazón. Las gracias porque usted ha hecho un buen retrato y público—de lo que tanto de nosotros nos tememos que callar aunque reventemos de ganas de decirlo. Lo sabemos todos, sí, menos, al parecer, aquellos que nos tutelan. Ya sabe usted a quines me refiero: a esos que no cesan de hablar de «Revolución», bien sea a secas, bien, como sucede más a menudo, barrocamente guarnecida con

el suculeto adjetivo de «Nacionalindustrialista». Pero usted, repito, lleva ya años en el oficio y no es fácil que le metan gato por liebre. Usted lo ha dicho: «El levantamiento del general Franco nos pareció la reacción que las fuerzas de la nación conservaban todavía». Exacto: reacción conservadora. Usted ha definido un régimen con tino y justa propiedad profesional. Gracias, pues, por venir en nuestro auxilio. Pero, eso sí, cuídese de no asomar mucho por mi país, no vaya a ser que lo encierran por tamaño desatino. Mayores cosas se han visto.
Y paso sin más a mi pregunta. Verá usted, hay un punto concreto en sus declaraciones que ha despertado particularmente mi atención. Se trata de aquel en el que usted habla —sin extenderse, es cierto— del objeto de la política, o, mejor, de los sujetos sobre los cuales recae la labor del gobernante. Esto es, de los hombres. Tal y como están redactadas las declaraciones, parece como si el hombre fuera sólo eso: objeto de gobierno. O sujeto objetivado, si prefiere el eufemismo. «No se gobierna a ángeles sobre el espacio, sino a hombres sobre la tierra, que son como son y no como algunos querían que fueran». De acuerdo; más esta proposición se me antoja, cuando menos, imperfecta; verdadera, pero incompleta. Que los gobernados no son, efectivamente, ángeles, es una

De Santander y Asturias

Carbón rojo

Los portavoces del sindicalismo «vertical» se escuchan tras una voluminosa y enmarañada legislación de trabajo en sus intentos para demostrar que el régimen «católico-social» del Caudillo en dicha materia, va a la cabeza de todos los pueblos y que, en algunos puntos concretos, es nada menos que «la más avanzada del mundo». Esos petulantes señores del sindicalismo «vertical» harían mucho mejor callándose y comprobando personalmente en qué condiciones tienen que trabajar los españoles para ganar el pan de cada día.
Ahí están los hechos, muy tristes, que desmenten a diario sus ridículas pretensiones. Los accidentes de trabajo, en España, durante el último periodo anual, produjeron la muerte de 500 trabajadores (un trabajador cada trece horas y media), 40 trabajadores fueron declarados inválidos totales y 400 trabajadores deberán cambiar de profesión a causa de invalidez parcial. El número de accidentes del trabajo que produjeron incapacidad de siete o más días por accidentado, es de alrededor de 500.000.
Aunque las cifras indicadas han sido reducidas, representan el volumen real del conjunto de accidentes de trabajo y ponen de manifiesto la no aplicación de las medidas de protección prescritas por «la más perfecta y moderna» de las legislaciones.
En algunas empresas, el número de accidentes es verdaderamente escandaloso. Veamos, por ejemplo, la fábrica de productos metalúrgicos de Buelna, que pertenece a la firma «Nueva Montaña Quijano, S. A.». En 1957, de un efectivo de 3.438 asalariados, 617 fueron víctimas de accidentes de trabajo, resultando:
2 muertos,
2 obreros con incapacidad obracional permanente, y
643 heridos.
Esos accidentes representan la pérdida de 16.571 jornadas de trabajo, es decir, 132.568 horas. La incapacidad temporal de cada obrero accidentado no fue inferior a un mes.
En otra planta industrial propiedad de la misma empresa, en la fábrica de Nueva Montaña, con un promedio de 2.670 asalariados, 919 obreros fueron víctimas de accidentes de trabajo en 1956, resultando:
3 muertos,
4 incapacidades totales permanentes,
2 incapacidades parciales permanentes, y
910 heridos, con un promedio de interrupción en el trabajo, por obrero accidentado, de tres semanas.
Durante dicho año, se perdieron 20.757 jornadas de trabajo, representando 166.656 horas. En esa fábrica, de cada tres obreros uno es víctima de accidente en el periodo anual.
Y eso no es todo. En el comunicado de la Caja de Jubilaciones de Mineros, correspondiente a junio de 1958, puede leerse que durante el citado mes veintidós mineros murieron víctimas de accidentes, sólo en la región asturiana.

En espera de su respuesta, etcétera, etcétera.
Pedro BERNARDO
Madrid, octubre de 1958.

P. D. — Por el contexto de la presente habrá podido comprobar que no me he tomado muy en serio esa su declaración de que usted no es un dictador. Y no lo he hecho porque no me satisfizo la explicación, esa es la verdad. Dice usted: «Yo no soy un dictador porque no me lo permitieron ni la situación política ni el derecho constitucional». (Válgame Dios!) que ya estoy viendo a más de un avispa de caco que, apoyándose en su sabiduría, se hurta al justo castigo de la justicia: «Yo no soy un ladrón porque no me lo permiten, ni la honradez de mis convicciones ni las leyes penales...»
El 28 de julio último, después de catorce meses de encierro, fueron puestos en libertad en los Estados Unidos los cinco marineros españoles cuya odiosa condena los letores de «Adelante» por haber dedicado nuestro periódico el interés debido a este asunto pasando por alto indicaciones para que guardáramos silencio, con el cual, sin pararse en gravísimos daños, se quería encubrir cierta inercia, causa principal de las penalidades sufridas y del peligro corrido por nuestros jóvenes compatriotas.
Estos, que habían sido llevados desde España a la base naval norteamericana de San Diego (California) para adscribirlos a dotaciones de buques de guerra yanquis donados a la Marina franquista, no queriendo servir en ella por repulsión hacia el régimen depuesto de cuya defensa está encargada dicha Marina, pusieron de acuerdo para venir a México y solicitar asilo. Aprovechando un permiso, arrebataron la frontera y en Tijuana, ciudad por donde entran, establecieron inmediatamente contacto con refugiados que allí residen.
Algunos entre éstos, dando cuenta de que era indispensable que los fugitivos se documentaran en forma, a fin de asegurar su situación legal en el país, se dirigió a la representación de la República española en México, pero sin resultados. En su día reprodujimos en fotográfico un documento que acreditaba fehacientemente esa gestión, opinando así incontrolablemente a quien osaba negarla, que, además, revelaba la frialdad con que se había acogido el asunto, quizá por no haberse advertido su importancia en los aspectos humanitario y político.
A causa de hallarse desprovisados de toda protección, los marineros fueron obligados a repasar la frontera por las autoridades migratorias de Tijuana, lo cual no hubiese ocurrido de estar iniciada alguna acción amparadora.
Y allí empezó el calvario de los tildados de desertores. En la misma raya fronteriza les

Secretariado Profesional de Metalúrgicos

Temas nuestros

Un Congreso de los metalúrgicos alemanes

LA Comisión Ejecutiva de la Unión General nos designó a Pascual Tomás y al que suscribe para representar a los metalúrgicos españoles en el Congreso de la Federación Nacional de Metalúrgicos de Alemania occidental celebrado en Nuremberg del 15 al 20, ambos inclusive, del mes de septiembre.
Era la segunda visita que nosotros hacíamos a Alemania. La primera tuvo lugar en Berlín en el año 1926, donde, representando también a los metalúrgicos españoles, asistimos a una reunión del Comité Central de la Internacional de Metalúrgicos. Desde aquella fecha a la actual han pasado muchos años y las circunstancias han variado fundamentalmente. Teníamos, pues, una gran curiosidad por asistir a este Congreso.
La Federación Alemana de Metalúrgicos es una organización fuerte, numéricamente, y rica. Su número de afiliados asciende a 1.800.000 y las cotizaciones anuales han sumado la cantidad de 220.000.000 de marcos. Su potencia numérica y económica se pone de manifiesto en una fiesta organizada para la noche del día 14, y salta a la vista en cuanto se entra en la sala donde las sesiones del Congreso tienen lugar.
El día 15, a las diez de la mañana, en una sala inmensamente grande, decorada con un gusto y una sencillez admirables, comenzaron las tareas del Congreso. A los delegados extranjeros se nos han reservado las primeras filas de mesas, y el lugar que debemos ocupar en cada una de ellas está señalado por una bandera; la nacional de cada país representado. La bandera española no figura ni en las mesas ni entre las que aparecen colgadas en la amplia sala. A nosotros se nos ha reservado un lugar al lado de los compañeros de expresión francesa. Su traductora, la simpática y servicial Astrid, de Luxemburgo, será nuestra traductora.
Al entrar en la sala hacemos un cálculo sobre el número de personas allí reunidas. «¡Ochocientos! Cuando la Comisión de credenciales dió cuenta de

Recuerdos del tiempo joven

DOS EFEMERIDES — XXIX —

Por Andrés SABORIT

EL primer gran mitin de resonancia histórica, dentro de nuestras organizaciones, se verificó en Madrid el 1.º de mayo de 1892, para secundar la Demostración Internacional en favor de la jornada de ocho horas y recabar de los Poderes públicos una legislación protectora del trabajador, según rezaban las convocatorias de aquellas fechas inolvidables. En aquel año —Jardines del Buen Retiro, donde hoy se alza el Palacio de Comunicaciones— se leyeron telegramas de adhesión de entidades obreras españolas y mensajes de solidaridad suscritos por Guesde, Lafargue, Turati, Leonor Marx, Clara Zetkin, Liebknecht, Bebel y otras grandes figuras de la Internacional. Dejando aparte el discurso de Pablo Iglesias, que produjo entusiasmo delirante, lo que especialmente contribuyó a dar realce a tan magna reunión de las fuerzas obreras madrileñas fue la intervención del doctor Jaime Vera López, uno de los fundadores de la Agrupación Socialista Madrileña —2 de mayo de 1879—, apartado transitoriamente en 1886, al decidirse la denominación y los fines de nuestro Partido.
Vera nació en Salamanca el 20 de marzo de 1859, afiliándose cuando acababa de cumplir los veinte años, sin tener asegurado su porvenir, en el que pensó muy poco para interesarse mucho, en cambio, por el bien ajeno. En los debates preliminares a la publicación de nuestro semanario y a las relaciones que habían de mantenerse con los partidos republicanos, Vera discrepó de Pablo Iglesias y de otros camaradas, entendiéndose un tanto sus relaciones con el grupo fundacional, y aunque Jaime Vera jamás quiso ser baja en el Partido, lo fue por desdicho en el encargado de recoger los recibos de cotización, incidente que desagrado extraordinariamente al ilustre doctor.
Hubo en Alemania elecciones generales en 1890, obteniendo un triunfo clamoroso los socialistas, y entonces Vera se apresuró a visitar a Iglesias para felicitarle ambos de los acontecimientos y ofrecerse de nuevo a intervenir en la lucha, si bien anunciándole que el momento y la oportunidad de hacerlo habían de estar supeditados a que se lo

permitieran sus muchas ocupaciones.
En 1892, espontáneamente, solicitó tomar parte en el mitin de 1.º de mayo y hasta redactar el manifiesto convocatorio, descargando de esta enojosa misión a Matías Gómez Latorre, habitualmente comisionado para la confección de esta clase de documentos. ¡Qué alegría recibieron, al saberlo, los socialistas madrileños, y qué expectativa entre los hombres políticos al conocer que Vera iba a intervenir en el mitin de 1.º de mayo! Téngase presente que el propio Vera y los actos organizados en aquella fecha alarmaban en grado sumo a la burguesía reaccionaria y preocupaban a tanto a los gobernantes, temerosos ambos grupos del desarrollo político que pudiera alcanzar el proletariado. A partir de aquel período, Vera actuó en nuestros organismos, siempre con intermitencias, pero sin volver la espalda en momentos de crisis o de peligro, figurando como candidato a diputado a Cortes por Madrid, con Iglesias, a sabiendas de que la victoria era imposible, pero utilizando la papeleta electoral como instrumento de educación política de la clase trabajadora. ¡Ah! Si Jaime Vera hubiera nacido francés o alemán, sus discursos y publicaciones estarían en las bibliotecas del mundo entero, con tanto o más derecho que los de otros socialistas europeos. De Iglesias, de Vera, de Verdes Montenegro, de Besteiro, cuánto habría que estar hablando y escribiendo, vigorizando así la conciencia socialista de generaciones que para desgracia de todos han crecido y siguen gestándose en medio de tal cúmulo de dificultades que les resulta punto menos que imposible beber en las fuentes puras de la doctrina marxista.
De aquel mitin, que tanta resonancia obtuvo, EL SOCIALISTA publicó un amplio extracto al que pertenecen estos párrafos:
«Yo no soy un obrero manual, pero concuro con mi trabajo a la obra de la producción, y he sentido las rudas fatigas del forzado trabajo intelectual, tal vez más doloroso que el vuestro. Tengo, pues, derecho a llamarme trabajador, y estoy a vuestro lado con el corazón y con el cerebro.
«Si en esta manifestación universal sólo se pidiese la jornada de ocho horas, aún me tendrías a vuestro lado; pero representas más, representas la tremenda, la pavosa cuestión social, y en este pleito sólo pueden permanecer indiferentes los tenderos, no los hombres de razón y de inteligencia.
«El Socialismo dejó ya de ser una idea tan generosa como vaga para revestir los caracteres de un hecho tan ineludible como una ley física, y por vez primera se da en la historia el hecho de la confluencia de obreros manuales e intelectuales que buscan una redención común. Unidas la fuerza y la inteligencia, el triunfo es seguro, porque la burguesía sólo podrá oponer fuerza comprada e inteligencias corrompidas.
«Hay que arrasar el baluarte de las preocupaciones sociales que defiende aún a los burgueses, lo que se logrará con la propaganda; y hay que luchar contra los intereses, empleando para ello la fuerza, puesto que con la fuerza los defenderán. Y yo lamento que el Socialismo, que es todo humanidad y amor, tenga que apelar aún al derramamiento de sangre, mas ello parece innegarse fatalmente, y nosotros no podemos abandonar los derechos del cuarto estado, ni el afianzamiento de la civilización.
«El triunfo no está tan lejano; no trabajamos —como por ahí se dice— para las generaciones venideras; trabajamos para la generación actual.»
¡Qué admirable carta me dirigió Jaime Vera, veinte años después, siendo yo presidente de la Federación de Jóvenes Socialistas! En «Renovación», y con el título «Los jóvenes socialistas», puesto por mí, la publiqué en ocasión del IV Congreso nacional de las Juventudes, el primero celebrado en la Casa del Pueblo de Madrid. De memoria recibíamos aquellos párrafos alocuciones, singularmente Lucio Martínez, dotado para ello de excepcionales condiciones. ¡Con qué gusto recordaría íntegramente tan evocador documento! Permiséme, al menos, transcribir algunos trozos de tan bellísimo trabajo, seguro de que habrán de ser apreciados en su justo valor por los jóvenes:
«Mis no os sugiera vuestro ardor la ilusión juvenil de que el mundo empieza con vosotros. Uno es el mundo, y todo en él es continuación. La

UN FALLO JUSTICIERO

Los marineros españoles, en libertad

Nuestro fraternal colega «Adelante», de México, publica la siguiente información sobre este tan interesante asunto, que ya conocían nuestros lectores.
El 28 de julio último, después de catorce meses de encierro, fueron puestos en libertad en los Estados Unidos los cinco marineros españoles cuya odiosa condena los letores de «Adelante» por haber dedicado nuestro periódico el interés debido a este asunto pasando por alto indicaciones para que guardáramos silencio, con el cual, sin pararse en gravísimos daños, se quería encubrir cierta inercia, causa principal de las penalidades sufridas y del peligro corrido por nuestros jóvenes compatriotas.
Estos, que habían sido llevados desde España a la base naval norteamericana de San Diego (California) para adscribirlos a dotaciones de buques de guerra yanquis donados a la Marina franquista, no queriendo servir en ella por repulsión hacia el régimen depuesto de cuya defensa está encargada dicha Marina, pusieron de acuerdo para venir a México y solicitar asilo. Aprovechando un permiso, arrebataron la frontera y en Tijuana, ciudad por donde entran, establecieron inmediatamente contacto con refugiados que allí residen.
Algunos entre éstos, dando cuenta de que era indispensable que los fugitivos se documentaran en forma, a fin de asegurar su situación legal en el país, se dirigió a la representación de la República española en México, pero sin resultados. En su día reprodujimos en fotográfico un documento que acreditaba fehacientemente esa gestión, opinando así incontrolablemente a quien osaba negarla, que, además, revelaba la frialdad con que se había acogido el asunto, quizá por no haberse advertido su importancia en los aspectos humanitario y político.
A causa de hallarse desprovisados de toda protección, los marineros fueron obligados a repasar la frontera por las autoridades migratorias de Tijuana, lo cual no hubiese ocurrido de estar iniciada alguna acción amparadora.
Y allí empezó el calvario de los tildados de desertores. En la misma raya fronteriza les

Realismo

Las bases aéreas estratégicas

Existió otro aspecto de la guerra fría que se sitúa en el área del Oriente Medio. Consiste en la confianza norteamericana en las bases aéreas de importancia estratégica establecidas en muy diversos puntos del mundo, con vistas a una intervención inmediata en caso de que un contraataque fuese necesario. En tanto se consideren tales bases como de importancia capital, será necesario que los Estados Unidos tengan la seguridad de que los Gobiernos que ocupen el Poder en los países donde se hallan enclavadas dichas bases, sean Gobiernos favorables a la política norteamericana. Esos Gobiernos pueden ser totalmente reaccionarios, despreciados o detestados por sus pueblos y por los demócratas del mundo entero (caso de Franco)... Pero eso no importa nada. Hasta

Realismo

Las bases aéreas estratégicas

que los Estados Unidos dispongan de un número suficiente de ICBM en funciones, las bases serían mantenidas a toda costa.
Ahi radica uno de los aspectos del mantenimiento de amistades con los Estados Unidos con los hombres de Estado, al que se hizo alusión en un artículo editorial de «Times». Pero el hecho más importante, que merece ser subrayado, relacionado con la política norteamericana en el Oriente Medio (así como en el resto del mundo), es que esta política no es ni ha sido elaborada nunca para suscitarse y conservar la amistad entre naciones, sino para ser mantenida con «hombres de Estado afables», es decir, con otras palabras, entre jefes de Estado cómplices.
(De «Labor Actions», Nueva York.) — OIDE.

Realismo

Las bases aéreas estratégicas

El pasado día 5 de julio, el Comité especial constituido en Los Angeles para conseguir la libertad de nuestros compatriotas dirigió un mensaje al Presidente Eisenhower reclamándole que se hiciera justicia.
Dicho Comité estaba formado por las siguientes personalidades: Bishop James C. Baker, Prof. José García, Prof. Frank Baxter, George Bodie, Prof. Dwight L. Bolinger, Rabbi Israel Chodos, Hon. Kenneth Hahn, Hon. Albert Ison, Paul Jacobs, Hon. Ray Kealer, Prof. Jerónimo Mallo, Prof. Kenneth Mackowan, Loren Miller, Edwin Sanders, Dr. Rulph B. Von Kleinsmid, Prof. William M. Whitby, Roger

Realismo

Las bases aéreas estratégicas

El pasado día 5 de julio, el Comité especial constituido en Los Angeles para conseguir la libertad de nuestros compatriotas dirigió un mensaje al Presidente Eisenhower reclamándole que se hiciera justicia.
Dicho Comité estaba formado por las siguientes personalidades: Bishop James C. Baker, Prof. José García, Prof. Frank Baxter, George Bodie, Prof. Dwight L. Bolinger, Rabbi Israel Chodos, Hon. Kenneth Hahn, Hon. Albert Ison, Paul Jacobs, Hon. Ray Kealer, Prof. Jerónimo Mallo, Prof. Kenneth Mackowan, Loren Miller, Edwin Sanders, Dr. Rulph B. Von Kleinsmid, Prof. William M. Whitby, Roger

(Pasa a la segunda pag.) (Pasa a la tercera pag.) (Pasa a la tercera pag.)